

Las dos orillas de Carlos Fuentes

Juan Goytisolo

En un notable artículo sobre las tan huecas como triunfalistas conmemoraciones del Quinto Centenario, el director del Instituto de Filosofía del CSIC, Reyes Mate, proponía una integración de la *visión de los vencidos* en la percepción global de los hechos por parte española y esclarecer así una serie de elementos, de ordinario ignorados u ocultos, de nuestra pasada y presente identidad: en otras palabras, transformar el bullicio en un fructuoso ejercicio de memoria¹.

Las dos orillas, la recientísima novela corta de Carlos Fuentes, responde de forma cabal a esta exigencia ética. Lo que el olvido y la presentación unilateral de los acontecimientos lograron sepultar en la conciencia hispana en los siglos siguientes a la Conquista, lo restituye a través de una percepción bifocal y la imaginación creadora. Ningún texto literario expresa mejor el espíritu que debería haber animado la conmemoración del noventa y dos que esta ficción que, a través de la pluma de un traductor=traidor, alcanza la realidad de la visión por medio de la mentira. El *veni, vidi, vici* del César se trueca aquí en un no menos sugerente y conciso: *traduje, traicioné, inventé*.

Como en *Terra nostra*, la aventura creadora del novelista —su propósito de reescribir la verdad posible a partir de la disposición y el manejo libérrimos de sus componentes— se nutre de un conocimiento profundo de las fuentes históricas. El narrador que asume el poder de la palabra mezcla hábilmente la visión española del azteca y del maya —vaya de ejemplo el fino retrato de la fragilidad, la incertidumbre y el fatalismo de Moctezuma— con la de los pueblos indoamerica-

nos sorprendidos de la llegada de aquellas criaturas fabulosas profetizadas por sus sacerdotes:

No fuimos, pues, sólo hombres quienes entramos a la Gran Tenochtitlán en el 3 de noviembre de 1520 sino centauros: seres mitológicos con dos cabezas y seis patas, armados de trueno y vestidos de roca. Y, además, gracias a las coincidencias del calendario, confundidos con el Dios que regresaba, Quetzalcóatl.

Fruto del mestizaje engendrado por la derrota y el desarraigo brutal de las culturas indígenas, el mexicano de hoy se ve forzado a convivir a las buenas o a las malas con la verdad relativa de ambas visiones. Una antología de testimonios como la de López Portillo —citada con razón por Reyes Mate— baraja las voces hispanas, a veces disidentes, con las de las víctimas del gran cataclismo: "van llevando puesto hierro, van ataviados de hierro, van relumbrando. Por eso se les vio con gran temor, van infundiendo espanto en todo: son muy espantosos, son horrendos". Dichas descripciones, huelga decirlo, descalifican la ya acuñada expresión "encuentro de dos culturas": a decir verdad, el choque aplastó a una de ellas y la dejó a merced de la crueldad, la codicia, el proselitismo y el afán redentor de los vencedores.

El narrador de *Las dos orillas* ha interiorizado ambas perspectivas en su condición de español aindiado, no de indio hispanizado, precisión muy importante, como veremos, para aprehender la estrategia del relato. La comunidad de lengua y costumbres con unos y la simpatía y acercamiento moral a los otros —hasta

1 Reyes Mate, "La visión de los vencidos de América", *El País*, 1-4-1992.

el punto de traicionar su propia causa— le sitúan en una encrucijada de sentimientos e ideas que abarca los defectos y flaquezas de los dos campos: el odio fratricida de los pueblos mexicanos sujetos a Moctezuma se corresponde con la sañuda lucha intercastiza de esa Castilla que, como se lamenta uno de sus más ilustres hijos, *face a sus omes e los desface*. En consecuencia, Jerónimo de Aguilar, el español aindiado descubierto por Cortés en las costas de Yucatán, resumirá el cúmulo de experiencias íntimas y contradictorias de su visión bifocal de las cosas, con una sabiduría triste y decepcionada:

No nos engañemos; nadie salió ileso de estas empresas de descubrimiento y conquista, ni los vencidos, que vieron la destrucción de su mundo, ni los vencedores, que jamás alcanzaron la satisfacción total de sus ambiciones, antes sufrieron injusticias y desencantos sin fin. Ambos debieron construir un nuevo mundo a través de la derrota compartida.

La forma en que se nos presenta el texto de Carlos Fuentes nos obliga a detenernos en ella: a establecer la personalidad del narrador, el punto de vista en el que se sitúa, el lugar de donde procede su voz. Dicho ejercicio previo tiene en el relato —en toda relación escrita de un hecho— una especial importancia. No lo olvidemos: la manera en la que un comisario de policía redacta su informe constituye ya la mitad del contenido del informe. Y esto es tan verdad en un acta policial como en un relato alambicado, de sencillez capciosa, como el que nos propone Fuentes. La deliberada ambigüedad del *status* del narrador responde así a la imprecisión inicial de sus proyectos, a horcajadas de dos mundos y escalas de valores. Como para sustentar los zigzags y brincos de su memoria, el autor lo sitúa en lo que Ibn Árabi denomina "el mundo de la sutileza". La voz que nos habla viene de un muerto; el lugar de elocución es un sepulcro: "Yo acabo de morir de bubas. Una muerte atroz, dolorosa, sin remedio (...)", "trato, desde mi tumba (...)", "desde mi sudario intangible (...)", "la muerte me autoriza a decir que (...)", "hablo y me pregunto desde la muerte (...)", etc. Pero estas balizas indicativas de la presencia-ausencia del narrador, espigadas a lo largo del relato, entran a menudo en colisión con otras en las que el mismo no ha fallecido aún sino que agoniza: "Yo, Jerónimo de Aguilar, veo el Nuevo Mundo antes de cerrar para siempre los ojos", "Os diré, en resumen, y con el escaso aliento que me va quedando (...)", "Me quiero despedir del mundo con esta imagen del poder y la riqueza bien plantada en el fondo de la mirada". Ya muerto, ya agonizante, el narrador circula de uno a

otro mundo —del sutil al craso— con las mismas facilidad y ligereza con las que nos vemos y actuamos en los sueños. Su discurso se articula así envuelto en un aura de irrealidad indispensable para que mentira y verdad truequen sus papeles, los opuestos converjan y adquieran tangibilidad las patrañas. El lector, prevenido por tal cúmulo de indicaciones contradictorias, abandona su habitual paso ligero para internarse en el texto con cautela, como en un campo ameno y florido, pero sembrado de trampas. La identidad del narrador —a veces pluma, a veces voz— se nos transmite de manera indirecta:

Cincuenta y ocho veces soy mencionado por el cronista Bernal Díaz del Castillo en su historia verdadera de la conquista de la Nueva España. Lo último que se sabe de mí es que estaba muerto cuando Hernán Cortés salió en su desventurada expedición a Honduras en octubre de 1524. Así lo describe el cronista y pronto se olvida de mí.

Tras esta revelación histórica, pero venida del Más Allá, la voz de la narración, desde su *atopía*, reproduce una última consignación del cronista:

Pasó otro soldado que se decía Jerónimo de Aguilar; este Aguilar pongo en esta cuenta porque fue el que hallamos en la Punta de Catoche, que estaba en poder de los indios e fue nuestra lengua. Murió tullido de bubas.

Detengámonos un momento a recomponer las piezas dispersas de este texto cuya numeración invertida —y sobre ello volveremos luego— va del 10 al 0: en las costas de Yucatán, Cortés descubre la existencia de un español aindiado, naufrago en aquellos parajes, y a quien en adelante, después de interrogarle, empleará de intérprete. Otro colega suyo —Gonzalo Guerrero— consigue ocultar su identidad al extremeño: su deseo es proseguir su vida de hombre libre entre los mayas. Y, mientras Jerónimo de Aguilar acompaña a Cortés en la conquista de México, Guerrero permanece en Yucatán, como indispensable ejecutor de los sueños de la donjulianesca empresa del descubrimiento y la conquista de España por los amerindios fraguada por el trujamán.

Lo que éste pretende obtener primero con su conocimiento exclusivo de las dos lenguas —traducir, traicionar—, lo logrará luego gracias a la ficción: con lo que mi admirado Blanco White llamaba "el placer de las imaginaciones inverosímiles". Resuelto a defender la causa de los indígenas, Aguilar traduce a su antojo, deforma las palabras de Cortés, trata de poner en guardia a los aztecas e impedir la derrota de Moc-

tezuma. Pero la intervención de doña Marina —la célebre *Malinche*, esclava maya barragana del conquistador, "que había arrancado la lengua española al sexo de Cortés, se la había chupado"—, al despojarlo de su imprescindible función —el monopolio del habla—, le fuerza a modificar la estrategia. Aunque su poder de decidir la paz o la guerra se esfuma, Aguilar comprueba amargamente que el fin de Moctezuma —"arrastrado sin pies por la carroza del vencedor, coronado de nopales y al cabo colgado de cabeza, desde las ramas de una ceiba sagrada, como un animal cazado"— se cumple tal y como, mintiendo para prevenirlo del peligro que corría entre los españoles codiciosos de oro, se lo había pronosticado. El traductor-traidor había acertado en su profecía mentida: las elucubraciones y patrañas de su mente bífida se habían transmutado a su pesar en verdades macizas.

Desde entonces, en el sosiego ininterrumpido de su tumba mexicana, Jerónimo de Aguilar puede lanzarse a su empresa y armar el brazo de Guerrero, como el don Julián de la leyenda armó los de Tarik y Muza. La división, la envidia, el odio interétnico que facilitaron la conquista de México son los que devastan igualmente a España. Guerrero, el vengador, tiene que poner en práctica el plan que de común acuerdo forjaron: el triunfo del mundo indio sobre el europeo. Él, sepultado en el fondo del lago de Tenochtitlán, tendrá todo el tiempo del mundo para narrar la hazaña.

Armar barcos, ordenar palabras: Aguilar y Guerrero, los dos naufragos acogidos a la hospitalidad de los mayas, pergeñarán al alimón el texto que tenemos entre manos, se apoyarán, sostendrán, exhortarán, en inteligencia compartida, para alcanzar la meta definitiva: "devolver a nuestra tierra española de origen el tiempo, la belleza, el candor y la humanidad que encontramos entre estos indios". A la reconquista de la Península y conquista de América replicarán con una contraconquista fabulosa de la España forjada en 1492 por "unos mayas pobres y limpios, dueños tan sólo de sus palabras". Como los grandes poetas, Aguilar "convertirá en posibilidades de discurso las imposibilidades del referente", según la conocida expresión de los formalistas rusos. Guiados por Guerrero y alentados por él desde la tumba, los indios talarán bosques, serrarán planchas, fabricarán utensilios y levantarán los armazones de su escuadra. Conquista al revés que, como la vuelta atrás de la cinta de un videocasete, *desengendra la hazaña que hoy celebramos*:

Desembarcamos en Cádiz en medio del asombro más absoluto, la respuesta (ya lo habéis adivinado) fue la misma que la de los indios de México, es decir, la sorpresa (...). Cayeron los templos, de Cádiz a Sevilla; las insignias, las torres, los trofeos. Y el día siguiente de la derrota, con las piedras de la Giraldá, comenzamos a edificar el templo de las cuatro religiones, inscrito con el verbo de Cristo, Mahoma, Abraham y Quetzalcóatl.

Lo que pudo ser y no fue, lo que pudo no ser y ha sido resultan quizá especulaciones ociosas para el historiador. Pero no lo son desde luego para el novelista, cuyo campo de maniobras se extiende más allá de lo real y ocupa los territorios fecundos del sueño, imaginación, fantasías. Jerónimo de Aguilar, el muerto, revive con la palabra. El pueblo indefenso que ama sale de su postración e impone una ley más justa al que lo ha vencido. Nada es irreversible en su crónica y, si hacer que lo que ha existido no exista es un imposible para Dios —idea que, como sabemos, atormentaba a Kierkegaard—, no lo es para el poeta ni el novelista. La verdad de la ficción nace de la mentira y encarna una realidad configurada por leyes autónomas: las de la literatura.

Jerónimo de Aguilar, al margen y a redropelo de las conmemoraciones del Quinto Centenario, puede recuperar en su crónica el universo permeable, complejo y fértil en el que vivieron sus antepasados y "frustrar el fatal designio purificador de los Reyes Católicos". Su visión comprensiva, asimiladora, de los vencidos, de todos los vencidos por el credo nacional católico que enmudeció a la España de los pasados siglos, se transforma en una propuesta utópica que, al invertir los papeles desempeñados en la realidad, exhuma las responsabilidades históricas en las que incurrimos. Lo que hicimos a los otros, nos sugiere, nos lo podrían haber hecho a su vez ellos, de haber sido distinto el rumbo de la historia, y el resultado —tal vez más verdadero que el mundo que les impusimos— habría sido el mismo. La ficción histórica de Aguilar, como la elaborada a ciencia y conciencia por Miguel de Luna, el traductor árabe de Felipe II, a fin de enturbiar con sus patrañas las presuntas razones de Estado que exdían la expulsión de los moriscos², se tinte de este modo de una coloración ética: es una condena sin paliativos del exclusivismo etnocida, una invitación implícita a la comprensión y solidaridad entre los pueblos.

¿Cómo interpretar párrafos como el que sigue sino a la luz de una ética del relativismo histórico y el deber

2 Francisco Márquez Villanueva, *El problema morisco*, Colección Alquibla, Ed. Libertarias, Madrid, 1991.

de asimilar las lecciones del pasado para que no se repitan en el futuro?:

Viejos judíos, viejos musulmanes y ahora viejos mayas, abrazamos a cristianos viejos y nuevos, y si algunos conventos, y sus inquilinas, fueron violados, el resultado, al cabo, fue un mestizaje acrecentado, indio y español, pero también árabe y judío, que en pocos años cruzó los Pirineos y se desparramó por toda Europa (...). La pigmentación del viejo continente se hizo enseguida más oscura, como ya lo era la España levantina y árabe.

Un relato tan preciso y elaborado como el de Fuentes no podía silenciar dos elementos capitales del proceso de su construcción: su estructura y su lengua. No lo olvidemos: desde Cervantes, y yo diría aún, desde Juan Ruiz y Delicado, ningún texto literario de enjundia deja de procurarnos informes acerca de una y otra, hasta el punto de que la historia narrada en algunos de ellos —pensemos en la Segunda Parte del *Quijote* o *Tristram Shandy*— es a fin de cuentas la historia de su propia creación.

¿Por qué leemos esta memoria en la lengua española de Cortés "y no en la lengua maya que doña Marina debió olvidar o en la lengua mexicana que yo debí aprender"? nos pregunta Aguilar a sus lectores. Su respuesta, que a continuación transcribo:

La lengua española ya había aprendido, antes, a hablar en griego, latín, árabe y hebreo; estaba lista para recibir, ahora, los aportes mayas y aztecas, para enriquecerse con ellos, enriquecerlos, darles flexibilidad, imaginación, comunicabilidad y escritura, convirtiéndolas a todas en lenguas vivas, no lenguas de imperios, sino de los hombres y sus encuentros, contagios, sueños y pesadillas (...)

es un brillante alegato en favor de la ósmosis, el intercambio y el mestizaje de las culturas en los antipodas del esencialismo, la pureza étnica y los repliegues comunitarios —a menudo verdaderas incrustaciones fósiles— que, hoy como ayer, conducen a una desertización cultural y exclusión social y política. Seamos claros: no existen culturas homogéneas, incontaminadas, libres de todo roce contaminador con lo ajeno. Al contrario, cuanto mayor sea su apertura y

contacto con el exterior, mayores serán su vitalidad y su energía. La cultura española forjada entre los siglos XII y XV fue desarbolada de manera sistemática por la obsesión antijudaica y el dogmatismo de la mal llamada reforma tridentina: en 1680, la vida intelectual y literaria hispana aparecía a los ojos de los forasteros tan yerma y enjuta como su meseta, un asolado y patético erial. Desembarazada de judaizantes, moriscos, erasmistas, místicos, protestantes —en suma, de quienes eran capaces de pensar por su cuenta—, había alcanzado la perfección del vacío. La lengua castellana, como nos recuerda Aguilar, fue el fruto de mezclas y aportes sucesivos. Sin formularlo de modo explícito, el cronista, desde su tumba, parece advertirnos: la cultura de un país no es sino la suma global de las influencias que ha recibido. Encastillada en sí misma, desmedra, como desmedró la española durante el hoy olvidado periodo de sus largas vacaciones históricas. ¿Cómo conmemorar en efecto la España ensimismada y fantasmal magistralmente descrita por Sarrailh y Blanco White sin escharbar en los errores y tropelías de nuestro pasado ni recobrar la hiriente memoria de lo que fuimos?

Fuentes remata esta obra breve, pero sustanciosa, capaz de conciliar virtuosismo y sencillez, con una significativa referencia a la fábrica del libro:

La forma de este relato, que es una cuenta al revés, ha sido identificada demasiadas veces con explosiones mortales, vencimientos de un contendiente u ocurrencias apocalípticas. Me gusta emplearla hoy, partiendo de diez para llegar a cero, a fin de indicar, en vez, un perpetuo reinicio de historias perpetuamente inacabadas, pero sólo a condición de que las presida, como en el cuento maya de los Dioses del Cielo y de la Tierra, la palabra.

Como los grandes maestros en los que se inspira —este linaje que todos los creadores debemos forjarnos so pena de perecer en el *prêt-à-porter* de la moda y la tentadora superficialidad consumista—, Fuentes confirma su genuina filiación con Cervantes: la forma del relato es el elemento principal del contenido del relato; su historia, la de una realidad invertida por las astucias y artimañas del cronista.